

## RETÓRICA Y (POS)VERDAD EN TECNÓPOLIS

---

**Dr. José Antonio Marín-Casanova**  
*Universidad de Sevilla.*

### **Resumen**

En la teleurbe digital como espacio neoteletecnológico enteramente semiótico, compuesto no de átomos sino de bits, donde solamente fluye información, desaparece la condición necesaria de la tradicional condena de la retórica: la dicotomía ontológica entre natural (real) y artificial (virtual). Tan tajante distinción se ha vuelto hermenéuticamente problemática y con ella la distinción gnoseológica entre lógica y retórica. Las TIC parecen distanciar definitivamente a Sapiens tanto de la “naturaleza” como de una presunta razón “natural”. En consecuencia, se tornan extremadamente patentes las estrategias retóricas de la inteligencia. En el mundo digital cobran superlativa importancia las cuestiones atinentes al procedimiento, al cómo antes que al qué. Sin un fundamento-verdad irrelacional queda inoperativo ese “conciencialismo” que identificaba verdad con evidencia interior profunda, y, correlativamente, la verdad se desplaza a la superficie exterior. De ahí el predominio del momento procesal sobre el intuitivo, del momento de la comunicación pública sobre el de la visión interior de la verdad. Cuando toda acción es interacción, hipervinculada interactividad, lo verdadero cobra énfasis público. La verdad pasa de la intuición absoluta de la cenital luz interior a la panorámica luz intersubjetiva de las suposiciones compartidas. Éstas, más que verticalmente evidentes, resultan horizontalmente obvias, como integrando el retórico *sensus communis*. La teletecnoverdad no es natural, sino que se hace: es un hecho “ético-democrático”, una posverdad. En la “era de la información” el momento de la verdad no está en la verificación de los enunciados, sino en su “informe público”: la (pos)verdad teleurbana, neoteletecno-mediada, exige rehabilitar la retórica.

### **Palabras clave**

comunicación, retórica, (pos)verdad, (era de la) información, TIC.



## **1. Introducción**

La tesis aquí sostenida consiste en la siguiente paradoja: que así como la ciudad digital, en tanto mecanismo automático, es el constructo conspicuo de la razón matemática, en esa ciudad la retórica resulta un valor emergente, pues el cultivo de los valores democráticos, que son los de la retórica, es el más provechoso para intervenir en él, en tanto espacio social sintomático.

Lo primero en lo que hay que reparar, así pues, es en el carácter totalmente artificial y, por tanto, contingente del mundo digital. Un entorno donde todo es artificio es un lugar donde ha quedado suprimida la condición necesaria de la condena platónica de la retórica, peraltada luego en el racionalismo: la distinción entre lo natural y lo artificial. Se trata aquí de reflexionar, en general, sobre las tremendas consecuencias para la comunicación del pensamiento comportadas por semejante “supresión” digital de esa “naturaleza” sobre la que se basaba el canon antirretórico, y, más en particular, sobre el tránsito de una verdad natural a la posverdad teleurbana.

## **2. De la verdad natural a la posverdad teleurbana**

El artificio del ciber mundo, consecuencia de la aplicación directa del principio de realidad, efecto de la razón suficiente, funciona entre sus usuarios, cuando éstos interactúan constituyendo así Teletecnópolis, merced al principio de razón insuficiente. Y es que siendo la ciudad digital un espacio social a la vez que un espacio tecnológico, una teleurbe, ésta, no obstante, no es un automatismo ciberespacial necesario, sino que es una posibilidad tecnológica, una contingencia, que hay que activar, que actualizar, y esa activación es personal o humana, es fruto de redes de deseos y creencias, que operan según razones, pero nunca razones suficientes. Dentro de la teleciudad sólo hay información, no se manipulan cosas físicas, sino que todo acto es semiótico, lo que se procesa y transmite en sus calles digitales son flujos de bits en creciente interactividad recursiva. En esta artificialidad constitutiva no se mantiene ninguna de las creencias asuntos del canon antirretórico. Ciertamente, en el tráfico electrónico no cabe ningún desdoble natural, ninguna posibilidad de salir de las señales que refieren señales que refieren señales... que refieren señales... para comprobar que el enunciado que se profiere es verdadero o que la acción que se prefiere es buena, si por “verdadero” y “bueno” entendemos adecuación a un referente fuera de toda enunciación y fuera de toda acción, respectivamente, esto es, un referente natural, una naturaleza intrínseca, alguna esencia. Si somos consecuentes con la total “contrahechura” del globo digital, no hay substracción posible a sus consecuencias, pavorosas para la razón clásica, cuya destrucción amenaza, pues no hay “naturaleza”. Y tampoco consecuentemente “verdad”.

Y es que en el ciberespacio no hay orden natural de las cosas ni sujeto estable, nada es “objetivo” ni “subjetivo”. El urbanismo digital es un entorno de absoluta mediación, de mediación máximamente mediadora y asimismo máximamente mediada: en re(d)alidad nada es inmediato. En la teleurbe toda presencia es diferida. En su callejero hipervinculado todo fluye. No hay durar. Ni substancia, ni esencia, ni referente. Ahí todo es referencia: no hay un link sin otro link y así ad nauseam. Cada enlace está abierto a múltiples enlaces, abiertos recíprocamente a múltiples enlaces: las páginas web no van numeradas ni soportan pie de página. No hay centro ciberurbano. Todo es periferia en el trazado teleropolitano. Teletecnópolis es una superficie autorreferencial donde todo está enteramente mediado, diferido de sí mismo (Marín-Casanova, 2006). Por eso se puede decir asimismo que el municipio cibernético es un entorno sin sujeto, donde no existen identidades, sino series de pertenencias múltiples: uno es muchos y muchos son uno. Así pues, la ciudad electrónica, al carecer de objeto y sujeto irrelacionales, resulta un entorno “posmetafísico”. De ahí que la verdad no corresponda a nada ajeno ni se contraponga a apariencia alguna. En su espacio hiperconectado la verdad siempre está mediada y es medida teletecnológicamente: no hay verdad natural, la verdad es “artificial”. Es la posverdad.

En semejante dominio posverdadero la copia es idéntica a su modelo: ya no hay nada original: nos quedamos sin momento originario. En la hiperconexión teleurbana, por exceso, por ser susceptible de reproducción infinita, se desvanece la “realidad natural”: el referente “real” resulta volatilizado en el “éxtasis de la comunicación” (Baudrillard, 1987). Frente a la ilusión del ser como presencia, de una naturaleza verdadera, la verdad del urbanismo digital o posverdad siempre está diferida: el ser diferente significa, por un lado, no ser idéntico, esto es, no hay un ser unitario, presente y original; el ser diferente significa, por otro lado, ser interpuesto, retirado o retrasado, es decir, no hay ser primero o inmediato, sino un ser siempre aplazado o retardado. El trazado teleurbano se encuentra espacio-temporalmente diferido, es un espacio en cuya topología reticular no cabe la verdad “theorocéntrica” cuyo contenido significado sea previo a su forma expresa, como origen absoluto del sentido en general, expresado luego por arbitrarios significantes; al revés, todo signo es significante de otro significante, el significado ya está siempre enredado en posición de significante. Por eso no podemos escapar del hipertexto para señalar una verdad hors-texte. Las acciones teletecnológicas se producen de forma “distal”, “multicrónica” y “semiótica”. Ciertamente, la re(d)alidad teletecnopolita como “sobrenaturalidad fantástica” niega un ser unitario y permanente, una verdad originaria donde el presente coincida consigo mismo: siempre hay un retraso originario y una diferencia desde el origen: el satélite difiere todo, la cobertura instantánea nunca es inmediata. Las TIC reemplazan la experiencia natural

por una experiencia técnica o simulada, sustituyendo la verdad “real” por un subrogado o “sucedáneo”, por la verdad posmetafísica o posverdad.

Prueba de que se trata de un recinto posverdadero es la desaparición virtual de la metáfora favorita de las invectivas antirretóricas, la metáfora de la profundidad. En la re(d)alidad, navegamos en la información, por decirlo con Rodríguez de las Heras (1992), pues todo ahí es superficie. Y es que la superficie electrónica es un entorno de relacionalidad omnimoda, bidimensional, sin verticalidad. Efectivamente, en la era de la información las metáforas verticales de la profundidad, esas que han nutrido los diversos dualismos del núcleo intelectual platónico, esencia/ apariencia, substancia/ accidente, universal/ particular, eterno/ temporal, o las nociones del tipo de “autenticidad”, “mismidad”, “en sí” o “correspondencia con lo real” se tornan inútiles. No se trata de que algo más verdadero, más esencial, más profundo, se haya logrado con el supremacismo del entorno TIC. No es que la horizontal hiperconectividad aporte un esquema epistémico superior, más verdadero que los dualismos imaginados desde metáforas verticales (Marín-Casanova, 2015b; 2016). Es que sencillamente dichas metáforas han quedado obsoletas como herramientas oxidadas, pues ya no resultan eficaces. Y es que si reparamos en que “digital” en otras lenguas se dice “numérico”, obtendremos una pista de cómo la metaforología aletista que daba la imagen de lo natural, auténtico, o intrínseco, se vuelve herrumbrosa.

Ciertamente, el hiperretículo ciberurbano es un espacio numérico, constituido de puras secuencias binarias de unos y ceros (trasuntos de circuitos abiertos o cerrados). Y un número es la antonomasia de la relacionalidad. Si hay algo imposible de imaginar, es la naturaleza intrínseca de un número. Los números son mera relación y nada más. A su naturaleza pertenece el carecer de naturaleza. Pues bien, al igual que no hay característica única y exclusiva que haga que un número sea el que es y precisamente el que es, tampoco hay nada formulado en la re(d)alidad electrónica que exprese su auténtica naturaleza, su naturaleza intrínseca, que le permita escapar de su condición relacional.

Todo ello viene a hacer del territorio cibermunicipal un espacio omnímodamente relacional. En la red hipervinculada todo es como un número: relacional. En la teleurbe nada tiene una naturaleza intrínseca. En efecto, imaginemos un objeto cualquiera del callejero numérico, si queremos decir algo de él, no podremos decir nada irrelacional. No hay nada que saber sobre ese objeto que no sea una trama potencialmente ilimitada, infinitamente expansible, de relaciones con otros objetos. Un objeto digital es un número, una cifra escrita en lenguaje-máquina, relativa a todas las demás cifras formulables en ese lenguaje, sin que tenga mucho sentido preguntarse por los términos de unas relaciones que no sean a su vez relaciones. Cualquier objeto del plano hiperconectado puede servir como término de

una relación que puede disolverse en otro conjunto de relaciones y así sucesivamente. En la red telecivil toda cosa puede expresarse algorítmicamente en los términos de otra y así continuamente. Así es la superficie de reflexión posverdadera del circuito teleurbano, un juego de espejos, donde cualquier objeto o sujeto irrelacional resulta espejismo. Todo en el terreno tecnotelepolitano es número binario, un nodo de relaciones con sendos nodos de relaciones que respectivamente son ulteriores nodos relacionales, relaciones todas las cuales son cifras binarias, sin que existan términos relacionales que no sean asimismo sino nuevos grupos relacionales.

Todo ello viene a hacer del casco ciberurbano un espacio bidimensional. La panrelacionalidad de Teletecnópolis puede calificarse como bidimensional, ya que todo ahí es plano: ninguna relación de cosas es más alta o más baja, más o menos profunda que otra. Y es que ninguna dimensión hay por encima del lenguaje-máquina. Ni por debajo. En el plano digital no hay propiedades intrínsecas, naturalezas originarias, fundamentos auténticos, verdades mayúsculas. No caben las metáforas de profundidad a la hora de describir ese entorno numérico, puesto que consecuentemente todo ahí es efecto de superficie. Tan “superficial” resulta el dominio cibermunicipal que no cabe distinguir entre un objeto de esa superficie y el lenguaje que lo describe: no hay una propiedad del objeto y luego un predicado con el que describir lingüísticamente esa propiedad.

Careciendo de un referente profundo, en la hiperretícula informacional teleurbana no hay distinción fuerte entre cuestiones de hecho y cuestiones de lenguaje, lo mismo es el objeto que el lenguaje que lo expresa, nada se interpone entre el lenguaje y su objeto. No hay ningún espacio para la naturaleza de un objeto, para sus propiedades más íntimas, para su interior. Ni tampoco es el lenguaje el lugar de su predicación exterior, no están los predicados en ningún lugar extrínseco a la espera de encontrar su propiedad intrínseca. Lo que hay son posverdades, signos cuyo referente es otro signo, una entidad siempre artificial, siempre extrínseca. En el tránsito tecnopolitano desaparece, en consecuencia, la distinción alética entre interior y exterior o arriba y abajo. Ahí, similarmente a un grabado de Escher, propiedades y predicados se encuentran en el mismo sitio y a la misma altura, en la superficie de ese mismo lenguaje donde se encuentran disueltos el objeto y el sujeto, donde el problema de la “verdadera” identidad está “resuelto”.

El lenguaje-máquina, cifra del flujo digital teleurbano, ya no es un medium entre el sujeto y el objeto, donde el primero se representa al segundo en su verdad correspondiente, sino una herramienta, un utensilio de configuración, una máquina ampliadora. Tal mecanismo será más humano cuanto más útil, cuanto mejor funcione favoreciendo la ampliación de la teleciudadanía, y cuantos más humanos amplíen el mecanismo, esto es, accedan a él y lo manipulen. Significando “humano” no ya conformidad con una naturaleza o propiedad intrínseca de los miembros de la especie sapiens, sino las

distintas alternativas autodescriptivas de esos miembros en el lenguaje-máquina. Y es que en Teletecnópolis “una forma humana es preferible a otra cuando es capaz de integrar mayor pluralidad de diferencias” (Echeverría, 1994: 131).

Y esa actividad de ampliación de la telecivilidad es una operación retórica. La sociedad teleurbana no sabe nada de “verdad”. El ágora digital no separa las estrategias discursivas de las verdades universales, no distingue entre las prácticas sociales y lo que las trasciende: lo único que puede trascender una estrategia discursiva es otra estrategia discursiva, así como lo único que puede trascender una práctica social es otra práctica social. El flujo informático es una “cinta de Möbius” sobre cuya superficie flota un “barco de Neurath”: los enunciados numéricos que componen el fluido binario no pueden ser confrontados con ningún hecho “sólido” fuera borda, con ninguna “realidad” externa. Cuando navegamos por la corriente telemática, lo hacemos dentro del lenguaje-máquina como marineros a bordo de un navío que ha de ser reparado constantemente con los materiales que lleva encima sin posibilidad de tocar puerto seguro con dique seco. Se trata de una singladura sin fundamento lineal, de un periplo en el desfundamento reticular. En el derrotero cibernáutico no hay salida del lenguaje que performativamente lo configura, la verificación acontece dentro del lenguaje mismo: si una proposición funciona en el lenguaje-máquina, esa proposición es “verdadera”. No es la correspondencia lo que proporciona el rumbo de la verdad. Si se quiere seguir hablando de “verdad”, entonces se tratará de una verdad que sale a flote por coherencia, sólo porque unas verdades son más coherentes con otras verdades previamente asumidas como tales. Así de incierta es la navegación en la posverdad.

Esa incertidumbre es índice de estar surcando las procelosas aguas de la retórica, cuya suerte es paralela a la de la técnica. Así como queda fuera de planteamiento el problema de la confrontación entre tecnofobia y tecnofilia cuando lo natural ya no es independiente de lo tecnológico, desplazándose entonces la cuestión de “técnica sí/ técnica no” por la de qué técnicas usar en lugar de qué otras técnicas, análogamente tampoco la cuestión ahora es la de confrontar racionalidad con retórica, sino la de por cuál racionalidad optar frente a qué otra racionalidad. Pero claro, plantear las cosas en términos de racionalidades, en plural, ya es lo mismo que plantear las cosas en términos de qué retórica frente a qué retórica adoptamos. Ahora bien, de la retórica no escapamos. He aquí, en cuanto técnica intelectual de discriminación de verdades coherentes entre sí, la emergencia de la retórica como valor en la teleurbe digital.

En efecto, suprimidas las condiciones de posibilidad que permitían la confrontación entre razón y persuasión, entre la lógica de la demostración y la retórica o lógica de la argumentación. Disueltos los presupuestos que se-

paraban el pensamiento de su expresión, la verdad de su enunciado, el contenido de la forma, la retórica deja de ser un disvalor, un valor negativo, un antivalue, para, a falta de un referente natural externo al espacio telemático, presentarse como el valor de una racionalidad hecha a la medida de quien no es como los inmortales, una razón humana, máxime si entendemos el ciberespacio como una dimensión social, no como un medio de comunicación, que también, sino como un espacio de acción o intervención social, como una ciudad: Teletecnópolis.

Y es que al entrar en la teleciudad se difuminan las cesuras entre (la meliorativa) validez genuina y (la peyorativa) manipulación retórica. De hecho, “manipulación retórica” ya no mienta nada vituperable, sino que se refiere a una operación técnica más, orientada en este caso a ganarse la adhesión del ciberauditorio, esto es, a fomentar la congruencia entre las verdades presentadas a una telerrred social y las verdades ya previamente asumidas por esa telerrred, entre la posverdades y las “preverdades”. Una vez que la razón ya no tiene el respaldo de una autoridad natural, extradiscursiva, que ya no es fuente de jerarquía, se convierte más modestamente en el proceso de puesta de acuerdo mediante la persuasión de los que atienden a ella. Ciertamente, en el ágora digital desaparece el “mejor argumento” como aquel que se ampara en la autoridad de una insoslayable evidencia, de una necesidad discursiva objetiva, pues en Teletecnópolis no hay obediencia a una autoridad suprahumana, a una objetividad situada extra(tele)muros y capaz de dirimir entre los distintos argumentos. Ahí el mejor argumento, aunque la expresión “mejor argumento” exhale trasnoche, sería simplemente el que lograra mayor adhesión, más confianza, más coherencia y consiguientemente menos dudas de esas que reclaman un tribunal externo, un tribunal del que dramáticamente carece la ciudad electrónica. No podía ser menos, pues en la ciberciudad no se da el orden natural de razones que pudiera avalar un argumento sobre otro, de modo que la racionalidad humana se reduce a un compartir creencias y deseos que desaconseje el recurso a la violencia: la racionalidad no puede ir más allá de un *sensus communis*. Así que, frente a la relevancia natural o intrínseca, en Teletecnópolis son relevantes aquellos argumentos eficaces, en el grupo con que uno se identifica, a la hora de producir acuerdos comunitarios, pues fuera de ese eventual consenso, no hay ninguna otra validez.

Y es ahí donde, frente a la polis deseada por la incriminación platónica de la retórica, una polis autoritaria y totalitaria, “natural”, cabe pensar en la introducción de estrategias democráticas en Teletecnópolis, sustituyendo las metáforas verticales por una metafórica horizontal. Así, contra las imágenes de “profundidad”, se puede potenciar la superficialidad del mundo digital mediante metáforas de amplitud. Y es que donde sólo hay autoridad humana la teológica esperanza de salvación sólo puede secularizarse como

esperanza de democratización, es decir, de ampliación del derecho de ciudadanía y de los derechos de la ciudadanía teletecnopolitana. En efecto, un sujeto puramente relacional no puede ser salvado, no hay redención para una serie múltiple de identidades dispersas, para los diversos yoes que componen la “identidad” en la cibercópolis. Pero sí se pueden arbitrar medidas que agilicen esa desmultiplicación del sujeto o que, por el contrario, la lastren. Se pueden incorporar nuevos yoes a Teletecnópolis y hacer que los viejos yoes se multipliquen o, en cambio, se podrá optar por profundizar la brecha digital y hacer que los yoes permanezcan máximamente concentrados. Se podrá elegir entre avanzar hacia una democratización mayor del casco tecnopolitano o hacia su control autoritario. Estas son opciones de valor, que en el teleurbanismo habrán de implementarse en cualquier caso retóricamente, esto es, mediante una racionalidad expandida al incorporar en su seno los procedimientos lingüísticos de la persuasión.

Ahora bien, y aquí aparece la retórica ella misma como valor, el aceptar que la cuestión de los valores en el ágora digital ha de obedecer a mecanismos retóricos ya supone eo ipso una opción de valor. Y una opción de valor democrático, que hace del yo relacionalmente ampliado, de la extensión del artificio de lo humano, de la humanización de la sociedad digital, una opción axiológica, una deseable dignidad. La opción por la retórica es una opción por las tecnologías del yo, por la idea de que Sapiens y su racionalidad son algo abierto, plástico o proteico, en vez de optar por asumir una naturaleza humana clausurada. Preferir la retórica como valor es no presumir la “edición de lujo del hombre” frente a la cual estarían después las varias ediciones finitas, llenas de erratas, falseadas y mutiladas, es no obligarnos a duplicar verticalmente la humanidad a partir de un fundamento o posibilidad de la misma desdoblado mundo y mente, y asimismo mente y cuerpo. Optar por la retórica como valor es hacer una opción más sencilla, más simple, y más económica, que no fuerza a pagar el precio de pretender ser como dioses, y que se limita a reconocer pragmáticamente que lo que sea la verdad la hacen a la vez mente y cuerpo, que, en la “aldea global”, son una sola cosa.

Y es que, frente a esa razón teorética, abstracta y formal, la racionalidad se hace retórica cuando se descubre práctica, concreta y material, esto es, cuando se descubre indisociable del cuerpo (Galimberti, 2014). Ésta es la primera metáfora de ampliación que quizá conviniera emplear teleurbanamente, la que dilata la razón ampliándola a sentimientos y a emociones y a las pasiones del cuerpo desterrando sus pretensiones de verticalidad. Así el alma ya no sería lo vertical del hombre, sino la horizontal memoria de las operaciones técnicas, de las rutinas del éxtasis. La razón, por consiguiente, no pasaría de ser sino la interiorización de la técnica necesaria al cuerpo y como tal un resultado de la falta de naturalidad humana, un producto téc-

nico, cuyas marcas, por otro lado, se graban hoy en un lugar autónomo respecto del cuerpo natural, en el telecuerpo digital (la memoria hoy es externa al organismo de Sapiens y como tal ajena a su inteligencia). Esto es casi corolario de la aceptación de la técnica como condición de la existencia humana. Ampliar la personalidad moral o la teleciudadanía de los ciudadanos a los bárbaros, de los libres a los esclavos, de los píos a los impíos, de los hombres a las mujeres, de los blancos a los de color, de los sanos a los “insanos”, de los heterosexuales a los homosexuales, de los humanos a las bestias, no ha sido una operación conforme a una naturaleza enajenada que por fin se les haya devuelto a sus legítimos titulares, sino destilado de una imaginación metafórica superlativamente poderosa, de un agudísimo ingenio, de una retórica muy hábil y valiosa, que, lejos de presuponer la universalidad teleciudadana, la va creando (Marín-Casanova, 2018).

### **3. Conclusión: la retórica como valor teleurbano emergente**

La plasticidad que ofrece la sociedad digital es espectacular y va confirmando el giro semiótico del pensamiento, el paso del paradigma de la conciencia al paradigma del signo, que ya se anunciaba en la frase de Nietzsche, según la cual el lenguaje es “un ejército ambulante de metáforas, metonimias y antropomorfismos”, una frase en la que resuena el eco de Herder retumbando que “nuestra razón se forma sólo por medio de ficciones”. Así es, en el “ficticio” mundo semiótico digital, donde es máximamente patente la ausencia de referencias de conducta “natural”, se vuelven extremadamente importantes las estrategias retóricas de la inteligencia, los usos prácticos de la racionalidad, y, en particular, las cuestiones atinentes al “cómo” antes que al “qué”, es decir, al procedimiento antes que a la substancia del hacer, sobre todo, al procedimiento de ampliación horizontal de la telehumanidad frente al esencialismo de responder qué sea eso de la humanidad. Ello no puede ser menos cuando en la ciudad informacional se ha revelado superfluo, superficial, el fundamento-verdad. Si no hay objeto ni sujeto irrelacionales, queda inutilizado el concienzialismo que cifraba la verdad en la evidencia interior, y, antes al contrario, se activa el desplazamiento de la verdad hacia la superficie exterior, con lo que se asiste en Teletecnópolis al predominio del momento del proceso sobre el momento intuitivo, del momento de la comunicación pública sobre el momento de la visión interior de la verdad.

Y es que donde toda acción es interacción, interactividad hipervinculada, es inevitable el énfasis público de lo verdadero: llegar a la verdad ya no tiene nada que ver con la intuición absoluta de la cenital luz interior, sino con llegar a la luz panorámica de las suposiciones compartidas, que más que verticalmente evidentes se manifiestan como horizontalmente obvias, pues ya no precisan de interrogación alguna, constituyen el horizonte corriente

del, por lo demás, siempre histórica y culturalmente determinado lenguaje o lógos común, el *sensus communis*, tejido y retejido continuamente con filamentos retóricos. De forma que la posverdad es un hecho axiológico, por así decir, “ético–democrático”: el momento de la verdad en la teleurbe digital no está en la verificación de sus enunciados, sino en el “informe público”, informe que se rinde a ese sentido o fluido de conciencia-lenguaje corriente, y, por tanto, el momento de la (pos)verdad está caracterizado, con profusos coloridos pragmáticos, en términos de textura retórica (Marín-Casanova, 2015a). He ahí, en que Teletecnópolis exige el uso público de la razón, la rehabilitación de la retórica, la retórica como valor emergente en la era de la información.

Por supuesto, siempre habrá “señores del aire” que harán uso de esos términos, de las estrategias retóricas, para pretendiendo argumentar de modo “natural” defender posiciones de autoritarismo político, moral o epistémico, teleseñores que utilicen el valor de la retórica en compañía y favor de otros valores que no compartamos o disvalores —es sabido que valores y verdades no son enteramente compatibles entre sí—. Pero eso no hace eo ipso de la retórica un disvalor, siempre y cuando, claro es, prefiramos los nada naturales valores democráticos. Allí donde éstos se aprecian como propios, no se experimenta espanto alguno ante una racionalidad atenta a sus condicionamientos circunstanciales históricos, tecnosociales y tecnopolíticos, ni se considera que la persuasión sea algo propio simplemente de la atmósfera individual y subjetiva, y, consiguientemente, incomunicable, mera sugestión. Tampoco nos consideramos irracionales, por tanto, cuando tenemos una opinión, siempre verosímil, probable o plausible, pero nunca verdad demostrada. Antes al contrario, si valoramos la democracia, valoramos positivamente el discurso retórico-persuasivo, que mira por la adhesión y el consenso de los participantes, porque creemos firmemente que en los asuntos humanos, los teletecnopolitanos particularmente, jamás poseemos la verdad, que a lo más que podemos aspirar es a la verosimilitud de la posverdad, la cual no nace de demostración alguna, sino de la argumentación responsable, una argumentación que nunca viene obligada por la necesidad o evidencia del dato “natural”, sino aconsejada por la libertad “pos-natural” de una razón insuficiente, cuya respuesta al problema requerirá en todo caso de elección, y, por tanto, de valor (Marín-Casanova, 2002; 2003).

#### 4. Referencias bibliográficas

- Baudrillard, J. (1987). *L'extase de la communication. L'autre par lui-même* (pp. 11-26). Paris: Galilée.
- Blumenberg, H. (1996). *Wirklichkeiten in denen wir leben*. Stuttgart: Reclam.
- Castells, M. (1996). *La era de la información*. Madrid: Alianza.
- Echeverría, J. (1994). *Telépolis*. Barcelona: Destino.
- Echeverría, J. (1999). *Los señores del aire. Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona: Destino.
- Galimberti, U. (2014). *Il corpo*. Milano: Feltrinelli.
- James, W. (1995 [1907]). *Pragmatism. A new name for an old way of thinking*. New York: Dover.
- Marín-Casanova, J. A. (1999). The rhetorical centrality of Philosophy. *Philosophy and Rhetoric*, 32/2, 160-174.
- Marín-Casanova, J. A. (2002). La Retórica como valor emergente en el tercer entorno. Argumentos de razón técnica. *Revista española de ciencia, tecnología y sociedad y filosofía de la tecnología*, 5, 85-112.
- Marín-Casanova, J. A. (2003). El valor de la técnica. Isegoría. *Revista de filosofía moral y política*, 29, 139-158.
- Marín-Casanova, J. A. (2006). La superficie digital. Argumentos de razón técnica. *Revista española de ciencia, tecnología y filosofía de la tecnología*, 9, 63-85.
- Marín-Casanova, J. A. (2015a). Retórica, técnica y pragmatismo. *Opción. Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, XXXI (76), 163-187.
- Marín-Casanova, J. A. (2015b). Del árbol a la Red: hacia una retórica del conocimiento reticular. *Utopía y Praxis Latinoamericana: Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social (Monográfico dedicado a "Las comunidades de conocimiento y acción en el ciberespacio"*, editado por J. A. Marín-Casanova), XX (69), 11-34.
- Marín-Casanova, J. A. (2016). La innovación epistémica reticular. *Opción. Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, XXXII (80), 112-140.

- Marín-Casanova, J. A. (2018). Tecnoimagologías mundanas. De la imagen como realidad a la realidad como imagen. En C. Marta-Lazo, Nuevas realidades en la comunicación audiovisual (pp. 309-323). Madrid: Tecnos.
- Negroponte N. (1995). El mundo digital. Barcelona: Ediciones B.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1952). Rhétorique et philosophie: pour une théorie de l'argumentation en philosophie. Paris: P.U.F.
- Perelman, Ch. (1989). Logique ou rhétorique? Rhétoriques (pp. 63–107). Bruxelles: E.U.B.
- Rodríguez de las Heras, A. (1992). Navegar en la información. Madrid: Fundesco.